El trabajo atractivo

Camillo Berneri

Este artículo fue originalmente publicado en italiano con el título Il Lavoro Attraente *(Ginebra, 1938). A finales de la década de 1940, la revista* FREEDOM *publicó, por entregas, una traducción al inglés. La presente es una nueva traducción realizada por el editor a partir de la versión aparecida en* FREEDOM, *restaurando la cita de* La conquista del pan, de *Kropotkin, pero no las de Marx y Engels. [La presente versión en castellano se ha realizado a partir de esta segunda versión inglesa. Existe otra traducción castellana, con el título "El trabajo atrayente", realizada a partir del original italiano en el año 1938.]*

INTRODUCCIÓN

En estos tiempos de inminentes trastornos sociales, estando saturados de cháchara sobre socialismo en un estado, comunismo autoritario y economía simplista, corresponde a los anarquistas abordar el problema de la disciplina en el trabajo en términos claros y concretos. Se trata de un problema que, como cualquier otro de la sociedad, necesita ser reexaminado a la luz de las novedades técnicas y los recientes descubrimientos de la economía, la fisiología y la psicología, confrontándolo asimismo con las cuestiones planteadas por diferentes tendencias surgidas de las filas del proletariado industrial.

Es tarea del anarquismo definir, sin perder de vista el alcance de su meta y su objetivo final, sus medios y métodos en cuanto orden futuro. ¿Hay alguna actividad que sea más universal que trabajar? ¿Hay algún problema más vasto y más entrelazado con todos los demás problemas que este del trabajo? Las leyes económicas, fisiológicas y psicológicas, la práctica totalidad de la sociedad y de la vida humana están vinculadas a esta actividad, aún hoy penosa, pero que en el día de mañana llegará a ser el mayor orgullo de la humanidad.

El siguiente ensayo viene a ser una introducción a la cuestión del "trabajo atractivo", en que se reclama atención sobre aquellos que aportaron sus ideas, experiencias personales y conocimientos técnicos específicos a la discusión. De haberse hecho cargo de esta tarea un experto, sin duda los resultados hubieran sido mejores y más abundantes. Pero, dado que habitualmente los expertos no gustan de compartir los conocimientos que han adquirido, toca a personas menos inhibidas plantear estas cuestiones e invitar a la reflexión conjunta sobre las mismas.

Si en nuestra prensa y nuestras reuniones realizamos el análisis apropiado de la cuestión del trabajo voluntario y atractivo, se habrá dado un gran paso adelante, dado que es inseparable de muchos otros y que por naturaleza es propicio para la evocación de interesantes experiencias y la invención de planes constructivos.

I Los trabajadores como esclavos

"He visto al herrero trabajando ante las llamas desnudas de la forja. Sus manos estaban sucias; le cubría tanta porquería como a un cocodrilo.

"Y los que manejan el cincel, ¿acaso disponen de más descanso que el campesino? Su madera es el campo que labran, y trabajan hasta el final del día, y de noche incluso, si tienen luz en sus casas.

"El albañil trabaja las piedras más duras. Tras obedecer las órdenes que ha recibido, sus manos están cansadas. ¿Acaso se le deja descansar? Cada amanecer ha de regresar a la obra, aunque sus rodillas y su espalda estén a punto de romperse.

"El barbero trabaja hasta bien entrada la noche. Ha de perseguir a sus clientes de puerta en puerta por un bocado de pan.

“¿Por qué trabajar tanto, si el vientre apenas se llena?

“¿Qué hay del tintorero? Las manos le apestan, huelen a pescado podrido. Los ojos se le cierran de sueño, pero sus manos nunca dejan de teñir prendas con colores delicados. Él detesta la ropa, toda clase de ropa.

“El zapatero se siente muy desdichado, siempre se lamenta de no tener más que cuero para llevarse a la boca.

“Trabajan, todos ellos trabajan. Pero, como sucede con la miel, sólo se alimenta el que recoge el resultado.”

Este poema, del siglo XIV antes de Cristo, describe las condiciones de los trabajadores durante el reinado de Ramsés II de Egipto. Su lamento ha sonado ininterrumpidamente a través de los siglos. En las sociedades esclavistas, el trabajo es una maldición. No sólo supone la condición de siervo, sino que, más aún, significa dolor y sufrimiento. La repugnancia que el trabajo suscita en los pastores convertidos en campesinos y artesanos se ve reflejada en el dogma religioso que establece que el trabajo es consecuencia y castigo del error cometido por la primera pareja humana.

El desagrado que las sociedades pastoriles y guerreras sentían por el trabajo condujo a convertir las mujeres en “animales domésticos" y los esclavos en “el trabajador por excelencia”. Para el esclavo, el trabajo es tan sólo sufrimiento. Un esclavo negro le contó una vez a un viajero que “Los monos son animales sumamente inteligentes, capaces de hablar si quisieran. Si no lo hacen es porque no quieren que les obliguen a trabajar.” El narrador estaba simplemente expresando la actitud que tiene el trabajador respecto las tareas serviles.

Las antiguas mitologías describen a los que trabajan la tierra como réprobos condenados por haberse rebelado: Adán, padre de la raza humana, es el ángel caído del paraíso de la ociosidad al infierno del trabajo.

De acuerdo con la ética cristiana, Dios ordena al Hombre trabajar como penitencia por haber cometido el Pecado Original. El catolicismo antiguo y medieval glorificaba el trabajo como forma de expiación de los pecados. Asimismo la Reforma consideró el trabajo “*remedium peccati”,* aunque Lutero y Calvino, yendo más lejos que Santo Tomás, ya anunciaron nuestro concepto moderno de la dignidad del trabajo, que también habían esbozado los principales pensadores del Renacimiento.

El moralismo burgués llevó el axioma del deber de trabajar a la moral civil, inventando una mística según la cual el siervo explotado era puesto sobre un pedestal, en calidad de “caballero del trabajo”, “fiel sirviente”, “trabajador modélico”, etcétera.

La mentalidad pequeñoburguesa y la asombrosa capacidad de adaptación típica del artesano, del hijo del obrero especializado puesto a la cabeza de una fábrica, y del campesino devenido urbanita, son responsables de su propia incapacidad para reconocer el yugo capitalista y la decadencia de su propia personalidad. Emile Zola, en *Trabajo,* describe de manera fiel y convincente esta clase de trabajador de pocas luces que tiene al jefe como un proveedor indispensable de trabajo y le sirve con fidelidad perruna, despreciando los intentos de emancipación, mirando con hostilidad los nuevos descubrimientos y aceptando la esclavitud del trabajo con una pasividad fatalista que no tarda en degenerar en masoquismo.

La llegada de la literatura socialista consiguió, mediante la compasión y la indignación, que el proletariado se hiciera consciente de su servidumbre. El desarrollo de la industrialización fue descrito en tonos sombríos por los que lo examinaron desde la perspectiva del ser humano, y no de la caja registradora. Heine, en *¿Qué es Alemania?* describe Inglaterra como “un país abominable en que las máquinas trabajan como hombres y los hombres como máquinas.” Marx y Engels hablan de las vidas de los trabajadores de su época como “un infierno en vida”. Engels describe al capitalista industrial como un señor feudal, y su fábrica como una mazmorra: “La esclavitud que la burguesía ha impuesto al proletariado resulta claramente visible en la organización de las fábricas. En ellas se anula toda clase de libertad, *de jure* y *de facto.* El obrero debe presentarse en su taller al amanecer, y si llega con dos minutos de retraso se arriesga a perder el jornal de todo ese día. Debe comer, leer y dormir según se le ordene. El sonido despótico de una campana pone fin a sus siestas e interrumpe sus comidas”

No sólo Marx y Engels, sino también Lassalle, Lafargue y otros escritores socialistas, se elevaron contra esta esclavitud industrial, que denunciaron no sólo en tanto método de explotación

social, sino también como mecanismo de degradación de ser humano. Tanto Engels, en su libro *La condición de la clase obrera en Inglaterra,* como Paul Lafargue, en su libro *La propiedad, su origen y evolución,* ilustran la animalización a la que conduce la especialización extrema del trabajo.

Bakunin y otros escritores anarquistas recogieron esta crítica, llevándola más lejos. Pedro Kropotkin proclamó: "La división del trabajo significa que los hombres son clasificados, marcados y etiquetados para el resto de sus vidas, para que hagan nudos de determinado material, o empujen una carretilla hasta el fondo de una mina, sin tener una idea de conjunto de dicha máquina, industria o mina, y por tanto perdiendo cualquier gusto al trabajo, además de la inventiva que, en los primeros tiempos de la moderna industrialización, creó los ingenios mecánicos de los que tanto nos gusta vanagloriarnos."

Atrás quedaron los tiempos de las jornadas laborales de trece, dieciséis y hasta diecisiete horas. Sin embargo aún hay entre nosotros talleres monstruosos basados en la llamada "racionalización del trabajo", como expone, por ejemplo, Egon E. Kisch en su libro *American Paradise,* en que se describe la situación de los trabajadores en las fábricas de Ford en Detroit.

Los obreros de las fábricas modernas arruinan su mente y sus nervios. Por otra parte, el trabajo automático produce inevitablemente aburrimiento. Tarde, investigando los efectos patológicos del aburrimiento, afirma que provoca "irregularidades circulatorias y nutricionales, sensibilidad al frío, disminución del tono muscular, pérdida de apetito y de peso."

El Dr. P. Janet, en su libro sobre la neurosis, menciona el caso de una muchacha a cargo de una tarea monótona que, para evitar el aburrimiento, adoptó la costumbre de lanzar rápidas miradas a la carretera por una ventana que había a su izquierda. Poco a poco desarrolló un tic nervioso que le hacía girarse continuamente a la izquierda. El mismo doctor nos cuenta de otra muchacha que, obligada a trabajar hasta altas horas de la noche, y teniendo que luchar contra el aburrimiento y el sueño, no tardó en desarrollar un "corea" rítmico (movimiento nervioso involuntario) en que giraba la muñeca derecha y movía el pie derecho regularmente de arriba hacia abajo. Estos movimientos, realizados en estado de sonambulismo, a los que acompañaba pronunciando las palabras "tengo que trabajar", se correspondían a los movimientos que realizaba en su trabajo. Confeccionaba ojos para muñecas mediante un troquel cuyo pedal accionaba con el pie derecho mientras movía un volante con la mano derecha.

Yo mismo, observando cómo trabajaban las mecanógrafas, he notado que muchas eran víctimas de tics nerviosos obviamente relacionados con el cansancio y el aburrimiento.

La actitud actual de la gente frente el trabajo ha sido objeto de investigaciones especiales. La generalizada aversión que los obreros sienten por sus tareas, si son monótonas, salta a la vista en las autobiografías de trabajadores recogidas por Adolf Levenstein (Berlín, 1909). Tanto un tejedor como un obrero metalúrgico expresan auténtico desprecio hacia su trabajo. En otra investigación del mismo autor (Munich, 1912), la antipatía de los trabajadores hacia sus trabajos resulta aún más evidente. Un mecánico escribe: "En cuanto suena la campana, me lanzo como un loco a las puertas de salida de la fábrica." Un tornero dice: "Por hoy ha terminado el trabajo. Siento dentro tal emoción y alivio que sería capaz de ponerme a gritar de contento." Otro dice: "Me obligo a concentrarme en mi trabajo; sin embargo me resulta imposible." Otro más: "Al pensar en aún otro día de trabajo, me invade de nuevo el terror. No puedo imaginar cómo podré soportar diez horas más de martirio." Un metalúrgico: "No siento el menor apego por mi trabajo, y si por casualidad en los días libres veo a lo lejos las chimeneas de la fábrica, es como si me hubiera venido a la cabeza un recuerdo desagradable." Y esta horrible impresión de otro obrero: "No disfruto en absoluto con mi trabajo. Al ir a trabajar, siento como si me dirigiera a la muerte." Un tejedor dice: "Pura y simplemente, odio mi trabajo."

Arturo Labriola resume así los resultados de esta interesantísima encuesta: "1.803 personas respondieron a las preguntas del autor. De ellas, 307 (es decir, un 17%) declararon que disfrutaban en su trabajo, aunque a menudo por razones relacionadas indirectamente con sus empleos, o de naturaleza privada. 1.027 trabajadores (56,9%) sentían antipatía y hasta desprecio por su trabajo. 308 personas (17,1%) se declararon indiferentes tanto en un sentido como en el otro (a causa de la costumbre, porque "trabajar era necesario", o porque nunca habían reflexionado al respecto). Y 161 (el 9%) no emitió ninguna respuesta. En otras palabras, sólo el 17% dijo estar contento con su

trabajo, pero nadie puede asegurar que lo dijeran sinceramente. La gente recibe la influencia de la tradición, la enseñanza escolar, etcétera, y tiende a dar respuestas convencionales o citar dichos como "el ocio es el origen de todos los males". En ausencia de la mentalidad tradicional, los resultados finales de la encuesta habrían sido aún más reveladores. No obstante, es un triste dato que más del 80% de los encuestados o bien sienta desprecio por su trabajo o bien tenga la idea del trabajo como algo mecánico que soportar con pasividad y silencio."

En *Más allá de capitalismo y socialismo* (París, 1931) Labriola comenta así el resultado de esas encuestas: "El trabajo en sí mismo no tiene ningún contenido para el trabajador. Para el obrero se trata de un mero acto de ejecución, de una pieza o de una parte de un plan. Éste, y cómo se lleve a la práctica, resultan indiferentes para el obrero. Son asunto exclusivo del fabricante del producto y de la dirección de la fábrica, los que toman las decisiones.

"En las fábricas de producción intensiva en que se ha impuesto el "taylorismo" o el "fordismo", el obrero ni siquiera sabe para qué sirve su trabajo, y ciertamente le sería imposible identificar su contribución en el producto terminado. Un trabajo de esta naturaleza, por lo tanto, sólo puede significar asco y hastío para el trabajador, o nada en absoluto. De hecho, para él es preferible que la tarea devenga algo automático, a lo que esté tan insensibilizado que pueda olvidarla."

Labriola, como es frecuente en él y en otros pesimistas, tiende a generalizar, pero sin duda no yerra en lo referente a la mayoría de los trabajadores de las grandes fábricas. Tengo aquí una recopilación de poemas escritos por trabajadores franceses, ingleses y estadounidenses, y en todos ellos aparece la misma protesta: la sucesión de jornadas interminables, el agotamiento que aniquila el pensamiento, el deseo de escapar de la rutina diaria, el terror ante la noción de que toda la vida será como ayer y como hoy.

Ahora se ha introducido en las cadenas de producción el sistema de trabajo por piezas, que acentúa el aspecto robótico del trabajo industrial. Un trabajador de Turín nos proporciona el siguiente ejemplo del sistema Bedaux *(El estado de los trabajadores,* París, agosto, 1933):

"Un trabajador ha de confeccionar determinada pieza de metal. Cuenta con 30 segundos para llevar a término esta operación, dividida en dos partes: primero el esbozo en bruto, después el acabado. Para ello debe desplazar el rodillo de la máquina cuatro veces. Pero mientras el torno realiza una parte del trabajo, él ha de dirigirse hacia la fresadora y fijar en ella un remache. Entonces regresa al torno, extrae la pieza torneada y coloca otra en su lugar, y se dirige con la pieza recién sacada del torno a la fresadora. Por tanto, ha de accionar dos tornos y una fresadora. Cada uno de sus movimientos ante cada máquina, así como el tránsito de una a otra, se encuentran cronometrados con extrema precisión. No puede retrasarse un solo segundo o causará daños en el equipo de perforación o en el de torneado, daños que no podría subsanar con su salario, además de poder provocar su despido. No es difícil suponer el estado en que se encuentra en trabajador al final de su jornada laboral."

En la misma encuesta, un "trabajador de una gran fábrica" describió el sistema de la siguiente forma:

"El sistema comienza en una oficina que consta de ingenieros, cronometradores y trabajadores con muchos años de experiencia. Todos los materiales utilizados son rigurosamente examinados y catalogados por este departamento. Se confeccionan tablas que detallan las distintas calidades de acero usadas, se deciden las velocidades lineales del trabajo, se estudian las máquinas con el objeto de determinar el número de movimientos y operaciones que puede ser desempeñado en un tiempo dado. La asignación de la maquinaria se realiza de otra forma: la mejor máquina se pone al cuidado del trabajador más fiable. Los hombres son repartidos entre las máquinas según sean fuertes o útiles, conforme a las cualidades específicas de éstas. Los trabajadores no tienen a su disposición las herramientas del oficio para usarlas según les convenga: la hoja de instrucciones que acompaña la pieza a fabricar establece cuáles y cuántas son de una vez para siempre. Cada movimiento corporal del obrero es calculado y transformado en "bedaux", es decir, tiempo de trabajo.

"Este es un ejemplo, copiado de una hoja de instrucciones: Operaciones: torno nº 1, 39 revoluciones, avance 0,25, herramienta C.15, 0,33 bedaux; torno nº 2, 40 revs., avance 0,15, herramienta G.13, 0,15 bedaux. Bedaux totales: 0,48. Esto significa que la pieza ha de completarse

en 48 segundos. El obrero echa a temblar tan sólo con verla. Comienza a hacer la pieza. Cuando la ha completado, ve que no ha tardado 48 segundos, sino 1 minuto y 10 segundos ("bedaux").

"Entonces interviene la oficina Bedaux: se ordena al obrero realizar una nueva demostración en presencia de los cronometradores, que hacen anotaciones en la correspondiente ficha (guardada en la oficina como si se tratara de un archivo policial), observan sus movimientos, corrigiéndolos cuando sean erróneos. Una vez hecho esto, el "experto" de la oficina Bedaux ejecuta él mismo la operación. En primer lugar, vuelve a comprobarlo todo: número de máquina, piezas, herramientas, etc. El obrero tiene que observar los movimientos del "maestro", especialmente la forma en que la mano izquierda colabora con la derecha, su manera de girar el cuerpo, los movimientos de las piernas, etcétera. Fundamentalmente, la tarea del "maestro" es mostrar al obrero cómo volverse automático, cómo ser otra pieza del mecanismo. Pero a veces incluso tras la demostración el trabajador apenas mejora, y de 1 minuto y 10 segundos por pieza pasa a, por ejemplo, 1 minuto y 5 segundos. ¡Aún se halla a mucha distancia de los 0,48! En este caso, es inevitable su sustitución, y se le destina a trabajar en una máquina más simple o se le echa de la fábrica. Puede que a otro trabajador la primera vez le lleve 1,10 "bedaux", 0,59 la segunda, y llegue a 0,48 la tercera. Para él, se trata de un ejercicio, que domina mejor cuanto más se familiariza con él, y de 0,48 baja a 0,40. En este caso no se beneficia de los 0,08 "bedaux" ganados; su participación es de sólo tres cuartos, ¡el resto pasa al departamento técnico! Los obreros que avisan sobre los movimientos superfluos son premiados, garantizándoles los administradores que guardarán sus sugerencias en secreto. El sistema Bedaux es aplicado en algunas fábricas con mayor o menor rigidez, pero permanece el hecho de que si el departamento técnico consiste en ingenieros expertos, los trabajadores se transformarán en autómatas durante sus horas de trabajo."

El "trabajador de una gran fábrica" concluye con estas palabras:

"El sistema Bedaux es, de hecho, un método que lleva al extremo la intensificación del trabajo. Los trabajadores empleados en las fábricas que aplican este sistema deben ser fuertes y sanos. Todos los cálculos sobre la fuerza de trabajo, descansos, etcétera, se basan en trabajadores "en perfecto estado". Los viejos, en consecuencia, quedan excluidos, y más vale a los que no tengan una salud excelente que pasen de largo ante estos talleres, pues aunque fueran aceptados, recibirían una paga despreciable.

"Todos los sistemas que se han aplicado en la organización de la producción, al igual que cada nuevo invento, bajo el régimen capitalista, sólo han servido para aumentar la explotación, y junto a ella el desempleo. El sistema Bedaux sirve para empeorar las condiciones de los trabajadores. Se les exige su mayor esfuerzo, se les roba todo lo que den. El sistema produce una clase de trabajadores prácticamente reducidos al estado de robots, que trabajan a una velocidad asombrosa. En cuanto se agoten y sus cuerpos se hayan arruinado, sólo les espera el despedido. Hasta entonces, con su existencia ayudan a que aumente progresivamente la explotación de toda la clase obrera, pues ayudan a que la explotación se refine técnicamente. En último término, lo que se produce es más y más pobreza para los trabajadores."

A la mecanización del trabajador hay que añadir un número creciente de accidentes, a causa de lo cual la desesperación se extiende por los talleres, astilleros y minas.

El trabajo industrial es, hoy en día, inhumano. Es un Moloch que aplasta a base de cansancio y hastío, que exprime al trabajador y luego lo escupe, arrojándolo a la calle prematuramente envejecido o encadenándolo a la servidumbre; hiere cuando no mutila ni mata.

Considerando sus condiciones de trabajo, uno se maravilla de que tan pocos escapen de sus prisiones industriales para dedicarse a cosas como el bandidaje o la holgazanería; y es penoso reconocer cuán pocos son, proporcionalmente, los que intentan hacer saltar por los aires el altar de Mammon mediante huelgas, sabotaje y otros sistemas de lucha.

Un joven profesor de una escuela industrial del norte de Francia propuso a sus alumnos la siguiente reflexión de Jean-Richard Bloch como tema para una redacción: "Una fábrica que aspire a ser, además de un lugar de trabajo físico, un lugar de dignidad, orgullo y felicidad, no puede parecerse en nada a lo que se llama "fábrica" en nuestros países."

El profesor envió una selección de estas redacciones a J. R. Bloch, quien seleccionó algunos fragmentos significativos *(Europe,* París, junio 1934). Casi todos estos hijos de trabajadores, habitantes de una región excesivamente industrializada, hacían hincapié en la brutalidad de los jefes

y capataces y en la fealdad de las fábricas. Uno de ellos escribe: "Los directores deberían comprender que no conseguirán que la gente trabaje bien tratándola brutalmente." Otro dice: "Lo que más hiere al trabajador es el desprecio con que se le trata." Casi todos los alumnos expresaron repulsa hacia el "olor repugnante", los "talleres sucios de grasa", los "muros de las fábricas, negros de hollín". Comparaban las fábricas que veían con la fábrica "ideal", la que será la fábrica "real" en un futuro no muy lejano.

II El trabajo agradable

"En un taller ideal", escribe uno de estos niños, "el capataz distribuye el trabajo a los obreros por la mañana y los trata como iguales. No hay gritos ni insultos como ahora. El director, por su parte, tiene cuidado de no ofender a los capataces con sus órdenes."

Todos los alumnos, asimismo, describen la fábrica ideal en un emplazamiento rural. Se imaginan altas paredes de colores, hablan de sol, luz y salud. Los talleres serán frescos en verano, cálidos en invierno, ya que "el cuerpo humano precisa un mínimo de bienestar para permanecer bien". Otro dice: "Los trabajadores entrarán en una fábrica de esta clase como si estuvieran entrando a sus propias casas. Habrá instalaciones para lavarse, para que puedan salir de la fábrica tan limpios como entraron. Estarán orgullosos de su fábrica; cuando pasen delante de ella con un amigo le dirán: 'Esta es la fábrica en que trabajo', y como estarán contentos con su trabajo, llevarán una vida familiar feliz." Para casi todos este lugar imaginario cuenta con medios prácticos de comunicación, con bibliotecas, salas de juegos, etc.

Estas observaciones provienen de niños que no han leído *La conquista del pan* de Kropotkin ni *Trabajo* de Zola*,* ni mucho menos las visiones futuristas de William Morris y de Bellamy; a pesar de ello este brillante sueño florece, ya que es la aspiración de los trabajadores en el umbral de una nueva era.

La idea de un trabajo atractivo es muy antigua. La hallamos expresada claramente en *Los trabajos y los días* de Hesíodo, el poeta griego que vivió ocho o nueve siglos antes de Cristo. La frase "Haz lo que desees", aplicada al trabajo, es uno de las características de la vida de los habitantes de Thelema, según contó Rabelais en el siglo XVI *(Gargantúa,* Cap. 57). Fenelon, en el tercer libro del *Telemachus* (1699) también aplica esta fórmula al trabajo. Morelly, en *Basiliade,* escribió: "Admitiendo que las actividades libres de un hombre aportan más al bienestar común que lo que ha de tomar de él, está claro que las leyes y reglas carecen prácticamente de valor, ya que a toda necesidad del individuo le corresponde un gusto natural, una vocación bien definida. Las opiniones del líder serán aceptadas con agrado, nadie se considerará dispensado de un trabajo que, gracias al esfuerzo unánime y colectivo, será variado y atractivo. Nada resultará más fácil de regular que esta clase de cooperación fraterna, pues de la libertad más luminosa ha de provenir el más perfecto orden."

Fue Fourier quien amplió y desarrolló sistemáticamente el principio del trabajo atractivo, cuya primera condición es –según él- la variedad y la segunda es la brevedad. "Un trabajo placentero y sin esfuerzo" es una de las conquistas socialistas pronosticadas en el *Viaje a Icaria* de Cabet (1840).

Victor Considerant, que fue el campeón y elaborador de la idea del trabajo atractivo, estaba en lo cierto cuando dijo a M. Lausac (*Plus Loin,* París*,* julio 1933) que, de todas las ideas de Fourier, la de un "trabajo atractivo" para grupos o individuos recibiría una atención especial de las generaciones futuras. Benoit Malon, Georges Renard, Jean Jaures y otros socialistas franceses recibieron una evidente influencia del concepto fourierista de la organización del trabajo. Emile Zola, en su novela *Trabajo,* nos muestra una fábrica en que el trabajo variado, realizado en un entorno limpio y bien iluminado y auxiliado por máquinas, se ha convertido en "una forma de recreo, una alegría y un verdadero placer". Zola proclama un principio fundamental, hace una demostración de fe y profetiza sin temor que trabajar se convertirá en "la ley de la vida misma".

También algunos médicos del siglo XIX han defendido la posibilidad de un trabajo atractivo. Uno de ellos, Rossi-Doria, escribió en uno de sus artículos que "El trabajo no debe seguir siendo un

tormento y una fuente de enfermedades, sino un disfrute y un factor relevante en el bienestar físico y moral."

En particular, han sido los escritores anarquistas quienes han mantenido viva la noción del trabajo atractivo. Pedro Kropotkin afirma categóricamente que "En un trabajo colectivo, realizado con el alegre fin de alcanzar el objetivo deseado –ya sea un libro, una obra de arte o un artículo de lujo- cada uno hallará el estímulo, la motivación necesaria para hacer que la vida sea agradable."

Cuando, en nuestros escritos y conferencias, anunciamos que llegará el día en que todos, o casi todos, trabajen espontánea y placenteramente, a menudo tenemos como respuesta: "¡Eso es utópico!" No obstante, hoy día nuestra sociedad cuenta con personas que trabajan mucho más tiempo sin agotarse, sintiendo, al contrario, una profunda satisfacción. Son los científicos, los pensadores y los artistas.

Tengo ante mí las interesantísimas respuestas de una encuesta hecha por la *Philosophical and Allied Sciences Review* en 1907. Estas son algunas de ellas: Maffeo Pantaleoni, el economista, dice: "Tras diez horas ante mi mesa de trabajo no me encuentro en absoluto cansado," y añade que, para él, trabajar es una alegría o un dolor conforme al resultado de sus afanes, pero que "el ardor no disminuye, ya que consiste en determinación ferviente y perseverancia. Nunca me siento agotado." El filósofo danés Herald Hoffding dice: "Pocas veces he sido capaz de trabajar mucho tiempo en un solo tema. He de abordar distintos asuntos alternativamente. Puedo trabajar cinco horas por la mañana y otras cinco por la tarde cuando la salud me lo permite." Las horas de trabajo son, para él, "tal vez los mayores momentos de felicidad que pueda imaginar."

Roberto Ardigo declara: "Para mí, trabajar es una necesidad irresistible. Trabajo hasta el desfallecimiento, pero el agotamiento viene acompañado de una sensación de satisfacción por el trabajo hecho." El astrónomo Schiapparelli responde que casi siempre ha trabajado diez horas diarias, desde los veinticinco a los sesenta, y ha llegado a trabajar dieciséis horas seguidas en un mismo asunto. Añade que la inactividad siempre le ha supuesto una tortura. El escritor Arturo Graf dice lanzarse al trabajo con gran intensidad ya que, para él, "trabajar es una fuente de placer vital", aunque le parece agotador tener que escribir por encargo y sobre un tema fijo, aunque sea un artículo breve.

Las respuestas de los artistas coinciden siempre en que el trabajo les proporciona tanto placer que no les deja sentir cansancio. Las escasas respuestas que mencionan una incapacidad temporal para trabajar o penalidades vinculadas al trabajo, siempre se relacionan a enfermedades y otras dolencias físicas.

Puede aducirse que los casos mencionados se refieren a personalidades excepcionales. No es una objeción válida, pues hemos visto que incluso estas personas se oponen a las tareas poco seductoras o carentes de interés.

El caso de Gustave Flaubert resulta típico desde este punto de vista. A menudo llegaba a pasar dieciocho horas ante su mesa de trabajo sin descanso, pero en ciertas ocasiones su trabajo le abrumaba; por ejemplo, cuando solamente estaba dando los últimos toques estilísticos, o cuando se dedicaba a investigaciones previas.

Durante la redacción de *Madame Bovary* comenta en una carta (17 de septiembre de 1835): "Espero que dentro de un mes la Bovary ya se haya tragado el arsénico." Esta observación se ve aclarada por un fragmento de otra carta del mismo mes (20 de septiembre): "Trabajo penosamente, sin placer, por no decir que a disgusto. Me encuentro sinceramente harto de este trabajo; ahora constituye para mí en un verdadero suplicio." Mientras escribía *Salammbó*, en 1858, uno de cuyos capítulos le exigió tres meses de intenso trabajo, escribió a un amigo: "Todas las noches me derrumbo sobre mi cama como los obreros que machacan las piedras en las carreteras."

Lo que se puede observar en los grandes personajes también resulta evidente en los hombres corrientes. Los buenos resultados de un trabajo intelectual desarrollado durante largo tiempo se hallan al alcance de cualquiera, siempre y cuando esté movido por el "interés", en el sentido espiritual de la palabra. Decir "Trabajo sin cansarme" significa "Trabajo sin ser consciente de la fatiga."

Tanto un contable como un astrónomo se dedican a calcular, el primero a un nivel sencillo, el segundo a uno muy complejo, y ambos llegan a cansarse. Pero el primero, ya que no lo anima el ansia de conocimientos, siente todo el peso de la rutina, mientras que el otro halla inspiración en el

rigor de sus fórmulas, como una luz que le exige permanecer atento, manteniéndole alerta y despierto y reprimiendo el cansancio.

El elemento negativo del trabajo es el aburrimiento. El aburrimiento es la conciencia permanente del cansancio y al mismo tiempo un elemento de dicho cansancio.

La relación entre aburrimiento y fatiga se da lo mismo en el trabajo manual como en el intelectual, ya que cualquier actividad física implica necesariamente una aportación mínima de esfuerzo intelectual.

La fatiga física resulta más o menos intensa según el estado de ánimo con que se desempeña la tarea. El aburrimiento es un elemento depresivo. Aparece como torpeza a nivel del trabajo intelectual. Quien trabaja con la mente embotada queda reducido a la somnolencia. En el caso del trabajo manual, el aburrimiento alarga el tiempo. Michelet cuenta en sus memorias que, cuando trabajaba de niño en la imprenta de su padre, "Permaneciendo inmóvil ante la mesa del contable, sintiendo el peso del hastío, nada más que el hastío, aprendí lo largas que pueden ser las horas."

¿Cómo se puede trabajar a salvo del aburrimiento? Esta es la cuestión que se desprende de estas consideraciones. Trabajar cansa siempre. Debemos tratar de descubrir cómo puede transformarse en un cansancio satisfactorio para todos.

A toda manifestación de energía proporcionada a las fuerzas físicas propias, acompaña una sensación de placer. Un paseo es algo agradable, pero una marcha forzada es un castigo. Del mismo modo, cualquier actividad que obedezca a un impulso espontáneo es agradable. Cuando, por otro lado, alguien se ve forzado a actuar de forma contraria a sus inclinaciones naturales, el mero hecho de violentar su voluntad le agota, siendo consecuencia de ello se sufrimiento y una menor capacidad de producción.

Estas observaciones nos llevan a las siguientes conclusiones:

1. La duración del trabajo debe ser proporcional al esfuerzo invertido.
2. Todos han de ser libres de dedicarse a la actividad productiva que más les atraiga.

Respecto a la duración del trabajo, se ha de tener en consideración el tipo de oficio: existen dedicaciones poco seductoras por naturaleza y que, en consecuencia, siempre se harán largas. Es necesario entonces considerar el tiempo desde un punto de vista subjetivo, es decir, teniendo en cuenta la reacción psicológica de cada trabajo en el trabajador. Existen ciertas tareas que, pese a ser "ligeras" por no requerir un gran gasto de energía muscular, resultan sin embargo extremadamente agotadoras, ya que al carecer de interés ocasionan un enorme gasto de energía nerviosa.

El segundo punto se halla relacionado con el primero. Cuanto más cansa un oficio, menos interesante resulta. De ello se desprende que las personas se cansarían menos y trabajarían más tiempo y con mayor eficacia si pudieran desarrollar sus actividades en un campo de su propia elección.

Esto no es posible sin la emancipación económica y el desarrollo técnico del trabajador. Cuando, según predijo Carlyle, todo el mundo sea capaz de escoger el campo de trabajo al que se halla por naturaleza inclinado, el trabajo dejará de ser labor, pasando a ser gozo para muchos.

Muchas personas perezosas son como el personaje de la obra teatral *El hotel de los pobres* que dice: "Si el trabajo es agradable, la vida es bella. Proponedme un trabajo agradable y trabajaré."

III Los "perezosos" y el problema del trabajo voluntario

Muchos "perezosos" trabajarían si encontraran un oficio apropiado a sus características físicas y psíquicas. En *La conquista del pan*, Kropotkin dice lo siguiente sobre este asunto:

"Alguien ha dicho que el polvo es la materia que no está en su sitio. La misma definición se aplica a las nueve décimas de los llamados perezosos. Son personas extraviadas en una senda que no responde a su temperamento ni a su capacidad. Leyendo las biografías de los grandes hombres, choca el número de perezosos que hay entre ellos. Perezosos mientras no encontraron su verdadero camino, y laboriosos tenaces más tarde. Darwin, Stephenson y tantos otros figuraban entre esos perezosos.

“Harto a menudo, el perezoso no es más que un hombre a quien repugna hacer toda su vida la dieciochava parte de un alfiler o la centésima parte de un reloj, cuando se encuentra con una exuberancia de energía que quisiera gastar en otra cosa. También con frecuencia es un rebelde que se subleva contra la idea de estar toda su vida amarrado a ese banco, trabajando para proporcionar mil goces al patrono, sabiendo que es mucho menos estúpido que él, y sin otra razón que haber nacido en un cuchitril, en vez de haber venido al mundo en un palacio.

“En fin, buen número de perezosos no conocen el oficio en que se ven obligados a ganarse la vida. Viendo la obra imperfecta que sale de sus manos, esforzándose vanamente en hacerla mejor y comprendiendo que nunca lo conseguirán a causa de los males hábitos de trabajo ya adquiridos, toman odio a su oficio y hasta al trabajo en general, por no saber otro. Millares de obreros y de artistas abortados se hallan en este caso.

“Por otro lado, quien ha aprendido desde su juventud a tocar *bien* el piano, a usar *bien* la plana, el cincel, el cepillo o la lima, de modo que siente que sus obras son *bellas*, nunca abandonará el piano, el cincel o la lima. Hallará placer en este trabajo que no le cansa, a menos que lo abrume.

“Bajo una sola denominación, *pereza*, se ha agrupado toda una serie de resultados debidos a causas distintas, cada una de las cuales pudiera convertirse en un manantial de bienes en vez de ser un mal para la sociedad. Aquí, como en la criminalidad, como en todas las cuestiones concernientes a las facultades humanas, se han reunido hechos que nada tienen de común entre sí. Se dice pereza o crimen, sin tomarse siquiera el trabajo de analizar sus causas. Apresúrase a castigarlos, sin preguntarse siquiera si el castigo no contiene una prima a la pereza o al crimen.

“He aquí por qué una sociedad libre, si viera aumentar en su seno el número de holgazanes, pensaría sin duda en investigar las causas de su pereza para tratar de suprimirlas antes de recurrir a los castigos. Cuando se trata, según ya hemos dicho, de un simple caso de anemia, antes de llenar de ciencia el cerebro del niño, dadle ante todo sangre; fortalecedle para que no pierda el tiempo, llevadle al campo o a orillas del mar. Allí, enseñadle al aire libre, y no en los libros, la geometría, midiendo con él las distancias hasta los peñascos próximos; aprenderá las ciencias naturales cogiendo flores y pescando en el mar; la física, fabricando el bote en que irá de pesca. Pero, por favor, no llenéis su cerebro de frases y de lenguas muertas. ¡No hagáis de él un perezoso!

“En el caso de un niño que carezca de orden o de costumbres regulares, dejad que los niños introduzcan en primer lugar el orden entre sí, y después, en el laboratorio, el taller, ante un trabajo a realizar en un espacio limitado, con muchas herramientas alrededor, siguiendo las instrucciones de un profesor inteligente, aprenderán a ser metódicos. Pero no les convirtáis en seres desordenados en vuestras escuelas, cuyo único orden es la simetría de sus bancos, y que –reflejo fiel del caos de lo que se les enseña- nunca enseñarán a nadie a amar la armonía, la solidez y la metodicidad en el trabajo.”

Estas reflexiones de Kropotkin son absolutamente acertadas, y si tuviera espacio podría citar opiniones de psicólogos, médicos y profesores que las confirman. Sin embargo, no resuelven el problema de cara al futuro inmediato. Podemos tener la convicción, como la tuvo Zola, de que “si a la gente no se le pidiese otra cosa que realizar un trabajo agradable, libremente elegido, sin duda no habría más “perezosos””; podemos estar seguros de que llegará un tiempo en que no será necesaria la coacción para asegurar que todos trabajemos. Pero, tras la caída del régimen burgués, la cuestión será: ¿la producción ha de ser totalmente voluntaria, es decir, confiada a los deseos de trabajar de los ciudadanos? El “trabajo atractivo”, si es universal, implica no sólo libertad de elección y derecho a cambiar de oficio, que son compatibles con las necesidades de producción, sino también hacerse cargo de máquinas cuyo manejo es muy poco atractivo. Cuando Kropotkin habla de trabajo agradable, pone como ejemplo el libro, el artículo de lujo y la obra de arte, y no las piezas mecánicas, los artículos de estricta necesidad, las materias primas de olor desagradable y similares.

El trabajo podrá hacerse más ligero y menos peligroso, podrá dejar de ser dañino o agotador, pero difícilmente llegará a resultar, en su conjunto, tan atractivo que desaparezcan por completo los perezosos.

Kropotkin *(La conquista del pan,* 1892) y Grave *(La sociedad moribunda y la anarquía,* 1894*)* no han resuelto este problema, limitándose a declarar que todos los hombres aptos para trabajar deberían faenar durante cierto número de horas. Muchos anarquistas se debaten entre “el derecho a la pereza” y “trabajo obligatorio para todos”, incapaces de concebir una solución

intermedia, que podría ser, en mi opinión, "sin la obligación de trabajar, pero sin deberes respecto a los que no quieren trabajar."

Malatesta escribió en uno de sus artículos: "Me parece que como reacción a la ingenuidad que tanto predomina en nuestro círculo, hay un excesivo pesimismo por parte de quienes olvidan tener presente, en el caso especial del "trabajo voluntario", la coacción moral que supone la opinión pública y el efecto inmediato que una revolución contra los explotadores -es decir, contra los que no trabajan- tendría probablemente sobre los sentimientos de las personas." Pero también escribió: "Es un principio básico del sistema anarquista, por encima del comunismo o de cualquier otra forma de convivencia social, la libre adhesión; la norma del comunismo integral –"De cada uno según sus capacidades, a cada uno según sus necesidades"- sólo es aplicable a las personas que la aceptan, incluyendo naturalmente las condiciones que la hacen practicable."

Al tiempo que reconocía los efectos de la coacción moral, Malatesta no excluía la coacción económica, representada por la sanción que deja a los "holgazanes crónicos" al margen de las asociaciones comunistas o colectivistas. Luigi Fabbri, en un artículo sobre "El problema del trabajo voluntario", escribió:

"Cuando se piensa en la organización práctica de una sociedad sin amos ni gobiernos, la relación del trabajo voluntario con las necesidades de la vida en sociedad resulta una de las cuestiones más acuciantes. En la actual sociedad, basada en la lucha y la competición, el trabajo es en la mayoría de los casos, literalmente, una señal de servidumbre y, para muchos (especialmente para los obreros manuales), de inferioridad. La mayoría trabaja obligada por la necesidad y el miedo a morir de hambre, o porque la impulsa una promesa o esperanza de recompensa, o de mejorar su situación y poder pasar de la clase explotada y a la de los "privilegiados". ¿Qué reemplazaría a la necesidad y el deseo de beneficio en una sociedad que garantizase a todos la satisfacción de sus necesidades primarias, libre de los espectros de la miseria y el hambre y en que la renumeración individual haya sido sustituida por la distribución de bienes conforme a las propias necesidades, con independencia del trabajo realizado? Hasta ahora, los escritores anarquistas, salvo una o dos excepciones, han intentado eliminar estas objeciones mediante respuestas dogmáticas exageradamente optimistas con las que ponían fin tajantemente a la discusión. Sin embargo, un examen más profundo muestra que son opiniones susceptibles de juicio, predicciones inseguras y esperanzas que presuponían la solución de una serie de problemas mientras otros igualmente graves permanecían.

"Las opiniones, predicciones y esperanzas respecto a la resolución de este difícil problema no se hallaban –ni se hallan- equivocadas. Todas ellas contienen, de hecho, un núcleo indiscutible de verdad y sentido común. Pero sólo son parcialmente razonables y verdaderas, o sólo lo son conforme a una lógica abstracta y en relación a un futuro progreso moral y social que aún nos resulta demasiado lejano. (…)

"Uno de los peligros de la revolución será, en efecto, que se heredará de la sociedad actual el odio al trabajo. De esto nos han hecho conscientes esos breves momentos en que parecía que la revolución era inminente. Demasiada gente entre los pobres y demasiados trabajadores pensaban realmente que había llegado el momento de dejar de trabajar, o de obligar a trabajar a las clases ociosas. Fueron muchos los que no percibieron lo evidente: por su escaso número, los ricos y ociosos nunca podrán sustituir adecuadamente a un enorme ejército de trabajadores y campesinos, y de todos modos serían virtualmente incapaces de dar a la sociedad la clase de trabajo que sería necesaria.

"Una revolución de personas sin deseos de trabajar, o que sólo pretendieran descansar un poco o trabajar menos, sería una revolución condenada a la derrota. Oprimidos por la necesidad, rápidamente se formarían organismos coactivos que, a falta de trabajadores voluntarios, nos conducirían de nuevo a un régimen de trabajos forzados y, en consecuencia, a su explotación.

"La conciencia de los trabajadores, y en particular de los revolucionarios y anarquistas, debe por tanto, ya antes de la revolución –desde este mismo momento- despertar a la clara noción de que la revolución significará sacrificios y no diversión; que durante ella no sólo habrá que vencer al enemigo armado, sino también a unas condiciones de vida más difíciles, habiendo que afrontar éstas con un trabajo más fuerte, prolongado e inteligente. Si este trabajo se realiza voluntariamente y en la medida necesaria, bien y válidamente, triunfará la revolución. De lo contrario, habrá que realizar el

mismo trabajo, pero en este caso por obligación; y esto implicará que de las ruinas del viejo régimen habrá aparecido uno nuevo, igualmente coactivo y explotador, y la revolución habrá errado en su intento una vez más.

"Por tanto, una de las principales tareas de los anarquistas durante la revolución será organizar un trabajo libre y voluntario. De hecho debemos comenzar de inmediato a darnos cuenta de esta necesidad, sin preocuparnos de que la revolución esté cerca o lejos. Al mismo tiempo, hemos de trabajar para cultivar dentro del proletariado en general y entre los revolucionarios en particular la idea de que el trabajo es necesario, y producir, además de elementos útiles para la actual sociedad, y sin esperar milagros, formas de organización libertaria que garanticen la producción de bienes imprescindibles durante y después de la revolución. Cuanto más se haya pensado con antelación qué será preciso hacer, más fácil será ponerlo en práctica.

"Habrá una sociedad anarquista no sólo cuando los enemigos de la libertad hayan sido derrotados y se hayan demolido las instituciones que obstaculizan las conquistas libertarias, sino cuando baste un escaso número de individuos (deseosos de vivir y trabajar juntos anárquicamente) para constituir una sociedad autónoma económicamente autosuficiente y lo bastante fuerte para defenderse. La existencia de individuos "deseosos de vivir anárquicamente" presupone que tienen "deseos de trabajar". De otro modo, no es posible la Anarquía. Cuando, por tanto, se hace objeciones mencionando la plaga de la ociosidad, sólo podemos responder –desde la perspectiva de una sociedad anarquista existente- de la siguiente manera: "¿Cómo puede una sociedad anarquista, carente de medios de coacción, defenderse de esos individuos o minorías que no realizan ningún trabajo, ni se sienten obligados a ello?"

"En el pasado simplemente se ha evitado esta pregunta en lugar de responderla directamente. "No habrá holgazanes", se decía, "porque el trabajo es una necesidad física para los músculos y la inteligencia, y todos estarán dispuestos a trabajar en cuanto deje de ser una carga o una obligación impuesta por el hambre." Esto es cierto parcialmente. No hay nadie absolutamente ocioso en el sentido estricto de la palabra. Pero es posible ejercitar adecuadamente la mente y los músculos mediante trabajos desprovistos de utilidad: montar a caballo o leer novelas, practicar esgrima, escribir malos poemas...

"Incluso en la Anarquía, el trabajo deberá responder a las necesidades de la producción, a fin de satisfacer todas las necesidades individuales y sociales de la vida en común; tendrá que estar organizado, es decir, repartido entre todos conforme a las necesidades productivas, y evidentemente no sólo para que los productores tengan ocasión de ejercitar sus músculos y mentes. Puede que en muchas ocasiones lo útil coincida con lo agradable, pero cuando no sea el caso se dará prioridad a lo social.

"Se desprende de aquí la necesidad de la "disciplina" en el trabajo. Si esta disciplina es convenida y aceptada libremente, sin necesidad de coacción, por un grupo de individuos en una región lo bastante amplia para constituir una sociedad, podremos decir que esta sociedad será "anárquica"."

Fabbri ha percibido e indicado claramente que para los anarquistas constituye un deber y no un anacronismo examinar por sí mismos el problema de la "disciplina en el trabajo".

IV La disciplina en el trabajo

Casi todos los anarquistas tienden a coincidir con la advertencia de Mario Rapisardi: "Deja a un hombre que trabaje tanto como pueda y que descanse con la frecuencia que le plazca. Si se usa la disciplina indiscriminadamente el hombre se convierte en una máquina y la sociedad en un monasterio y una prisión."

Como fórmula general, me parece más que aceptable, aunque no creo el taller más perfecto imaginable pueda ser comparado, como hace Kropotkin, con una biblioteca en que todos entren y salgan a placer. La carencia de un horario de trabajo generalmente respetado lleva a desperdiciar energía motriz, calor y luz, en los casos en que no es posible trabajar a nivel individual, como sucede, por ejemplo, en una fundición. Es cierto que en ciertas industrias (textiles, imprentas, etc.)

existe cierta autonomía que evita un parón generalizado en caso de averías e impide la dispersión de la energía usando sólo la que es precisa para el trabajo que se está realizando. El motor eléctrico ha desarrollado una amplia autonomía mecánica al poner a disposición del obrero máquinas tan complejas como la linotipia, y muchos servicios públicos han sido reemplazados por sistemas perfeccionados como el teléfono automático, que reduce enormemente la importancia de las centralitas.

Sin embargo, si contemplamos el trabajo industrial en su conjunto, la autonomía posible parece muy limitada, y lo más probable es que lo siga siendo durante mucho tiempo. Hay que tener en cuenta que la carga de una jornada laboral fija puede ser aliviada en gran medida mediante la reducción de su duración y de facilidades para ir y regresar del trabajo. La elección del trabajo ha de subordinarse a exigencias de la producción, pero un método estadístico preciso y avanzado hará posible que muchos trabajadores se dediquen a las tareas para las que están mejor preparados o para las que se encuentran especialmente predispuestos. En el presente momento, gran cantidad de trabajadores se dedica a tareas que no aprecian ni dominan.

En la industria no es fácil llegar a una libre cooperación. En las actuales fábricas, el director se encarga de organizar el plano ejecutivo (directores de departamento, capataces, etc.) y la división del trabajo. Los obreros trabajan juntos para un mismo fin, el cual, no obstante, no es decidido por ellos. "Su cooperación es simplemente un efecto directo del capital que les ha reunido mediante contrato. Lo que enlaza sus funciones individuales y su unidad como ente productivo permanece lejos de ellos; se halla en el capital que los necesita y los une. La reunión de su trabajo parece obedecer, teóricamente, a un plan de los capitalistas, y la unidad de su colectivo parece reflejar su autoridad, el poder de una voluntad ajena que somete las acciones de muchos a sus deseos personales. En la medida en que cooperan, son simplemente un modo particular de existencia del capital. La fuerza productiva manifestada por los asalariados en forma de trabajo colectivo es, en consecuencia, la fuerza productiva del capital."

También resulta compleja la cuestión de la jerarquía técnica. La capacidad de dirección no va ligada a cualidades que garanticen por naturaleza que los más capacitados ocuparán los cargos directivos, ni que permitan a las personas más capacitadas desempeñar esas funciones con mayor eficacia. Mientras que el actual técnico de taller es un "oficial", en los talleres del futuro tendrá que ser un "profesor"; pero este cambio en la dirección no se producirá tranquilamente.

Un aspecto de la "disciplina" en el trabajo es el de la "racionalización". El sistema de Taylor ha sufrido un rápido deterioro bajo el régimen capitalista. Copley, el biógrafo de Taylor, ha observado que "todo ha de someterse a la buena voluntad de los trabajadores, ya que sin ella su preparación técnica resulta insuficiente. (…) Todo intento de utilizar el nuevo sistema en contra de los trabajadores llevaría al desastre."

Muchos escritores anarquistas han criticado la pseudo racionalización del trabajo. Sin embargo, muy pocos de ellos han expresado el problema en sus términos exactos. Hemos de examinar la cuestión de la automatización y la especialización si deseamos reconciliar las necesidades técnicas de la especialización con la posibilidad de evitar la atrofia física debida a un trabajo únicamente organizado desde un punto de vista económico. La automatización solamente es negativa cuando constituye un fin por sí misma. Un obrero que repite durante diez años un número limitado de movimientos termina transformado en un autómata; no porque sean automáticos esos gestos en sí mismos, sino porque es mecánico el proceso físico que los determina.

Es la naturaleza semiautomática del trabajo no interesante lo que lo hace opresivo y degradante. Si tuviera que traducir del francés cien páginas de un libro que no me interesara lo más mínimo, sufriría un doble castigo: el del cansancio de una tarea aburrida y el de ser incapaz de aplicar mi mente a las numerosas cosas que me vienen a la cabeza debido a que la tarea de la que me tengo que ocupar exige mi concentración. Pero si tengo que retirar unos cuantos cientos de sellos de correos de un álbum de sellos puede que me sienta aburrido a causa de la inanidad del pasatiempo, pero soy capaz de ocupar mi mente al mismo tiempo con pensamientos agradables e interesantes. En mi opinión está claro que las ocupaciones realmente alienantes (aún cuando no se las lleva a cabo durante excesivas horas) no son las enteramente mecánicas, sino las que limitan la atención a un campo monótono y restringido, al tiempo que exigen una atención crítica. Ocho horas dedicadas a escribir sobre un tema apasionante resultan breves; ocho horas dedicadas a una tarea

aburrida pero que permite abstraerse en fantasías o charlando ligeramente son largas; pero gastar ocho horas en un objeto aburrido y que al tiempo exige una atención activa se hacen interminables. Los contables sufren más, tanto física como mentalmente, que los trabajadores dedicados a un trabajo completamente mecánico. Los obreros dedicados a tareas totalmente mecánicas son comparables a mujeres dedicadas a hacer punto: pueden pensar en otra cosa, hablar con quien esté cerca, canturrear para sí. Esto se debe a que sus movimientos son automáticos, controlados por su subconsciente. (Un zapatero que sufría ataques de epilepsia repetía los movimientos de cortar el cuero mientras permanecía inconsciente.)

Cuando una acción deviene mecánica, la consecuencia es el descenso de la actividad mental en caso de una mecanización limitada, y el estímulo de la misma, si es renovada y ampliada.

Andar es fácil, aunque nos costó mucho esfuerzo aprender a hacerlo. Montar en bicicleta o caminar sobre la cuerda floja son actividades que requieren un esfuerzo considerable. Pese a que andar se convierte con el tiempo en una acción automática, una vez hemos comenzado a movernos, mantener el equilibrio sobre una bicicleta o una cuerda floja siempre exigirán cierto grado de concentración. Dudo de que nadie pudiera leer a Kant y comprenderle mientras anda en bicicleta o anda sobre la cuerda floja.

El automatismo, por tanto, sólo nace de los movimientos sencillos. El pianista cuyos dedos corren velozmente sobre el teclado no tiene que pensar qué teclas ha de pulsar, pero la expresión musical nace de su inversión de "pathos" y de la concentración mnemotécnica, combinada con movimientos automáticos de los brazos y las manos. Mientras que un poeta puede transformar su escritura en una especie de taquigrafía cuando desea representar mediante la escritura la imagen de su inspiración, el pianista, en cambio, ha de dominar el proceso mecánico, y cuanto más exacto sea en sus movimientos, más completa será su expresión e interpretación musical. Lo mismo puede decirse de los dibujantes, escultores y otros.

No existe, por tanto, trabajo automático y trabajo no automático, sino más bien el trabajo chatamente mecánico por un lado y el trabajo inteligentemente automático por otro. El primero destruye el alma si se convierte en un fin en sí mismo y se realiza en exceso; pero dentro de los límites de un horario proporcionado a la capacidad física de cada individuo no resulta dañino ni tedioso.

El problema no consiste en evitar el automatismo, cada vez más necesario debido a la mecanización de las industrias, sino alternar trabajo y descanso. La clase dominante también ha entendido esto: El periódico *Opinion* del 12 de septiembre de 1924 publicó lo siguiente: "Cuidadosas observaciones realizadas en varias fábricas inglesas han demostrado que incluso en los trabajos en que se requiere un grado mínimo de energía muscular, los patronos obtenían el incremento de la producción concediendo a sus empleados lapsos de tiempo para el descanso. Por ejemplo, en el caso de un grupo de mujeres dedicadas a etiquetar paquetes, la introducción de descansos de diez minutos a intervalos regulares se tradujo en un aumento del trece por ciento en la producción, a pesar de haber reducido en un dos por ciento la duración de la jornada de trabajo. Se han observado los mismos resultados en un grupo de mujeres dedicadas al montaje de cadenas de bicicleta. Hay que tener en cuenta que estos periodos de descanso no producen el resultado deseado a menos que tengan lugar en momentos específicos del trabajo en sí mismo. La producción no aumenta en la misma proporción si el trabajo se suspende conforme a caprichos individuales." La disciplina en el descanso es, por tanto, tan necesaria como la disciplina en el trabajo.

La "disciplina en el trabajo" significa una distribución racional de los oficios, una alternancia racional de esfuerzo y descanso, una aplicación racional de los instintos, sentimientos y capacidades intelectuales de cada uno de los trabajadores, la asociación del proceso productivo del conjunto con la autonomía del individuo, etcétera.

V Conclusión

Durante siglos, en todas partes, el trabajo ha sido, y sigue siendo, un castigo. Resulta revelador que, en todas las lenguas arias, las palabras que indican esfuerzo productivo significan

sufrimiento. Los hombres siempre han trabajado por necesidad, pero al mismo tiempo se da, de forma inherente al hombre, el instinto de trabajar, que tal vez no sea más que una manifestación del instinto erótico. La pereza de ciertos pueblos primitivos no tiene tanto de estúpida indolencia como de negativa a adaptarse a nuevas tareas, que requieren una atención continua y generan aburrimiento. Cazar, pescar y cuidar del ganado son actividades a medio camino entre el trabajo y el juego, y fue sobre todo la necesidad económica, y la coacción por parte de guerreros triunfantes, lo que obligó a las personas que vivían de la caza y la pesca a transformarse en comunidades agrícolas y después industrializadas. En los lugares en que las condiciones naturales imponían un esfuerzo desmedido, pero hacían posible el transporte por tierra y mar, los pueblos se dedicaron principalmente al comercio y los viajes (fenicios, hebreos, etc.).

El hombre es un "*homo faber"* en la misma medida en que es un animal político, y Ribot dice apropiadamente que el amor al trabajo "es un sentimiento secundario que progresa al mismo ritmo que la civilización."

El amor al trabajo, una importante condición para el bienestar económico y físico, es determinado por un progreso que no puede medirse en función de la "cantidad" producida, sino por la idea de que el trabajo deja de ser una carga y se convierte casi en un juego.

Incluso bajo el capitalismo el trabajo industrial se hace más atractivo. En un informe aprobado por el Congreso de Asociaciones de Fabricantes de Illinois celebrado en julio de 1931, se alabó el efecto estimulante de la música. Muchas fábricas disponen de una iluminación "racional" y se presta atención a la influencia psico-fisiológica de los colores, los sonidos, los olores, etc. Pero todas estas invenciones parten de la culpable meta que es la explotación. Se estudian sistemas y procedimientos para no agotar "inútilmente" al trabajador, y así aprovecharlo mejor, y el entusiasmo mostrado por algunos por la "música al trabajar" en talleres y fábricas no recuerda los estímulos sensuales, afectivos y volitivos de Fourier, sino el fisiologismo empírico y utilitario de ciertos conductores de carros que para estimular a sus exhaustos caballos a remontar una empinada pendiente hacen que una yegua vaya por delante de ellos.

No obstante, se está perfeccionando la técnica para la emancipación del trabajo en la esfera de la producción, preparando el camino para la época en que incluso en los trabajos industriales, las tareas de los hombres serán agradables. Y llegará el día en que, teniendo el hombre a la máquina como amigo, todos dispongan de una ocupación acorde a sus preferencias personales, realizando un trabajo agradable. Entonces su placer se desprenderá de su trabajo "como los coloridos pétalos de una flor productora de vida". Esta imagen de Ruskin constituye un brillante reflejo de su filosofía como escritor socialista y humanista, y no es fácil hallar en todos los escritos y discursos de los escritores y artistas del siglo XIX elogios tan elocuentes como éste a la idea de Fourier de "trabajo atractivo".

D' Annunzio hizo suyo este lema de tiempos de la Comuna: "Esfuerzo sin cansancio". Una expresión admirablemente lúcida, ya que el esfuerzo es inseparable del trabajo, por muy atractivo que llegue a ser éste. El poeta italiano apenas ha adivinado la verdad social de este lema y sólo percibió superficialmente su belleza moral intrínseca.

"Esfuerzo sin cansancio" significa trabajo voluntario, trabajo en el cual la personalidad se halla elevada y perfeccionada. Resta discutir sobre la forma de pasar de los deseos a los hechos. Los anarquistas estamos llamados a dicha tarea, ya que vemos al productor, antes y por encima de todo, como un ser humano, y protestamos ante las frías fórmulas de quienes organizan mediante sus estadísticas de la producción. Ellos no son capaces de ver los inmensos tesoros negados al equivocar y desperdiciar la energía de quienes se ven obligados a trabajar día a día, a falta de luz intelectual y de sensaciones agradables, con las alas de su personalidad atrofiándose, transformándose, en unos pocos años, en máquinas infrahumanas.